

« confesion al gran viaje del otro mundo; dócil á esta inspiracion,
« entra en la primera iglesia que se le ofrece al paso, San Roque,
« y se presenta á su vez al sagrado tribunal, en donde un santo
« cura parece esperar expresamente á la oveja extraviada. Este
« penitente singular hace su confesion de la manera mas comple-
« ta posible en su estado de grosera ignorancia; se acusa con can-
« dor de todo lo que cree malo, mas sin decir palabra de su dis-
« posicion al suicidio; y con la misma ingenuidad pide en seguida
« la absolucion. El confesor atónito, le representa con dulzura la
« necesidad de tomar un término razonable para consolidar la obra
« de su conversion é instruirse, y le convida á que venga á verle
« de tiempo en tiempo para recibir consejos y la instruccion fun-
« damental que le falta. Este lenguaje no podia convenirle á un
« hombre á quien no quedan de vida mas que veinte y cuatro ho-
« ras, y alega la imposibilidad absoluta en que se halla de volver.
« Esta palabra es un rayo de luz para el confesor, que en el fondo
« de esta pobre alma descubre un fatal secreto, cuya declaracion
« sabe mañosamente alcanzar.

« Yo tenia; Padre, alguna repugnancia en confesárselo, replica
« este desgraciado; mas puesto que lo exigis, debo deciroslo: ma-
« ñana me suicido, por esto os pido hoy la absolucion.

« Entonces se rasga el velo espeso que le oculta la verdad; se
« le declara la ilusion extraña en que se halla, el crimen de su dis-
« posicion homicida, y el término fatal á que le conduciría. Es-
« tremecido á la vista del abismo á que iba á precipitarse, se lanza
« en los brazos de la misericordia que se le ofrecen abiertos para
« recibirle, resuelto á satisfacer á toda la severidad de la justicia
« divina: pide una casa de penitencia, la mas austera posible; fi-
« nalmente, venido poco despues á la Trapa, encuentra en medio
« de las privaciones y de las austeridades la dicha que buscara
« en vano en el seno de las voluptuosidades sensuales; y esto es
« lo que ha mas de cien veces confesado á sus diferentes superio-
« res, en alabanza de la Gracia. ¡Se concibe la venturosa revolu-
« cion de un corazón hambriento de felicidad, que así pasa de una
« horrenda desesperacion á la mas deliciosa esperanza!

« Yo era desgraciado, dice; no esperaba hallar en ninguna par-
« te esta felicidad para la cual sentia latir mi corazón; iba á hacer

« irremediable mi desgracia, haciéndola eterna; con un paso mas
« habria llegado al abismo de todos los males; la mano de Dios me
« ha detenido milagrosamente al borde del precipicio; me ha des-
« cubierto la perfecta dicha en la que no me atrevia á esperar, y
« que miraba como un sueño y como una ilusion; me ha colocado
« en el camino seguro que á ella conduce... Despues de quince
« años de la vida de la Trapa que le habian parecido un instante,
« y durante los cuales no hubo que reprocharle sino un fervor de-
« masiado excesivo, se durmió en el Señor, no solamente con re-
« signacion y calma, sino con los transportes del amor mas vivo,
« y con los deseos mas ardientes para la patria celestial¹.»

DE LAS PRINCIPALES CAUSAS OCASIONALES Ó DETERMINANTES
DEL SUICIDIO.

No consideramos aquí el suicidio como efecto de una lesion in-
telectual ó afectiva, es decir, de una enajenacion mental, ó de
una manía ó monomanía: estas son enfermedades que privan al
hombre de su razon y de su libertad, siendo por consiguiente del
dominio de la patología ó de la medicina. No queremos hablar aquí
ahora sino del suicidio cometido con conocimiento, reflexion y li-
bertad, y que por lo mismo es mas ó menos criminal ante Dios y ante
los hombres. Convenimos, sin embargo, que puede haber casos en
que una imprevista y violenta explosion de una pasion cualquiera,
ó una desesperacion extrema puede quitar al hombre toda su ra-
zon y libertad; y este es el caso del delirio agudo de los médicos,
del cual hemos ya hablado, ó mas bien una verdadera pasion agu-
da que aquí asimila el suicidio al homicidio cometido bajo el im-
perio de las mismas circunstancias y de las mismas pasiones. En
el actual estado de nuestra depravacion moral, las leyes positivas
humanas deben poner una grande diferencia en la aplicacion de
las penas afflictivas, segun el grado de reflexion y de libertad pre-
suntas; pero á los ojos de la justicia eterna, los crímenes no son
tan considerados en sí mismos como en su principio y en su cau-
sa, en el sentido que el hombre tenia el poder de evitarlos, me-

¹ La Trapa mejor conocida, pág. 176. Este santo varon falleció en 1827.

dante los socorros que le prestan la razon, la ley natural, y sobre todo la Religion revelada ó el Cristianismo.

No considerando aquí sino el suicidio libre y voluntario, ó el efecto de una voluntad pervertida, no hablaremos de las causas patológicas ó enfermedades mentales, en tanto que estas son causas del suicidio.

En la enumeracion de estas causas no adoptaremos otra clasificacion, sino el orden de su frecuencia presunta. Llamamos á estas causas ocasionales ó determinantes, porque no han sido otra cosa que la ocasion ó el motivo, la circunstancia determinante del suicidio, y no la causa verdadera, la causa primera y productriz sin la cual no habria tenido lugar el suicidio. Hemos visto mas arriba, que estas causas primeras verdaderas son, la ausencia de la fe, de las creencias religiosas, la ignorancia de la Religion, y mas que todo la falta de práctica de la religion católica.

CAUSAS OCASIONALES Y DETERMINANTES.

1.º Las mas frecuentes son sin contradiccion las penas violentas y los ataques repentinos de desesperacion, ocasionados por un revés imprevisto de la fortuna, la pérdida total é inopinada de los bienes, del honor, de la reputacion; la pérdida del crédito en los negocios mercantiles y el comercio, por la imposibilidad absoluta de cumplir con las obligaciones contraidas; las grandes y peligrosas empresas que han salido mal, altas especulaciones abortadas ó desconcertadas; quiebras y bancarotas; pérdidas considerables en el juego, causa bastante frecuente del suicidio en los estudiantes de medicina, de derecho, ó en los discípulos artistas, que algunas veces pierden en una noche todo el dinero necesario para todo el año, y otros mil accidentes de este género.

La miseria extrema conduce frecuentemente al suicidio. Nunca tal vez ha sido esta mayor, mas espantosa y mas general que en nuestros dias, y nunca tal vez ha sido menos socorrida y consolada. ¡Cuántas gentes, sin otro recurso que su trabajo, á las que este les falta! ¡Cuántos pobres enfermos, incapaces de subsistir de otro modo que por la limosna, y que esta les falta! ¡Cuántas gentes de la clase infima son enterradas y perdidas en la materia, sin idea algu-

na religiosa ni moral, que van locamente á gastar en un instante el fruto de sus sudores, dejando sin pan á su familia hambrienta, pálida y extenuada de miseria! ¡Este pobre pueblo á quien tanto se le quiere hoy instruir, no tiene un sentimiento que le eleve sobre sus necesidades físicas, ni una idea que ponga freno á sus pasiones brutales, ni un pensamiento que pueda consolarle en sus males, ni enseñarle á soportarlos!...

Otras causas frecuentes. Todas las pasiones vehementes y desordenadas llevadas al extremo: la cólera, los celos, la ambicion burlada, el amor infiel, el honor comprometido, una pena viva é inesperada, intrigas descubiertas, la nostalgia, el abuso de los gozes físicos, la pasion desenfrenada á la bebida, el onanismo, etc., en fin, ciertas pasiones secretas de los ricos, el terrible *taedium vitae*. Tratarémos de esto mas adelante.

Otras causas. Depravacion del género de literatura, mas en contacto con una gran parte de las poblaciones, las novelas y el teatro; es fácil de concebir lo que trastorna el espíritu y el juicio, y sobre todo cuánto corrompe el corazon de la juventud la lectura de estos libros. Todo en ellos es exagerado, falso é inverosímil: estas producciones singulares y bastardas del espíritu humano están sembradas muchas veces de episodios dramáticos los mas terribles y los mas á propósito para trastornar la sensibilidad y las funciones nerviosas de los jóvenes, para irritar y exaltar prodigiosamente sus pasiones, inspirarles gustos de ruina, de destruccion, de sangre, de horror, y en fin, de suicidio.

Estas reflexiones se aplican igualmente á los teatros ó espectáculos, que son aun mas peligrosos á los ojos del verdadero sábio. Los teatros, donde se sienta un gentío frívolo y voluptuoso, no son en realidad sino escuelas de mentira y de corrupcion, en las cuales se enseñan vicios ciertos para corregir el ridículo exagerado, ó donde se agota la sensibilidad y la compasion por desgracias imaginarias, para no encontrarla ya en los casos de aflicciones positivas y reales, sociales y domésticas: no hablo de otro género de seduccion que fácilmente se adivina. En las representaciones dramáticas las mas veces ¡qué de aventuras trágicas, qué de acontecimientos terribles, catástrofes sangrientas, escenas de horror, de desesperacion, de sangre, de homicidio y de suicidio, que familiarizan á los

hombres con las ideas del crimen y de destrucción, y los entregan sin defensa al delirio fogoso de sus pasiones! En vista de esto ya no nos parecerá extraño el ver en este estado de exaltación moral, que los accidentes reales y ordinarios de la vida, los choques de las pasiones sociales puedan fácilmente conducir á una funesta y triste realización. Es necesario decirlo francamente, el drama francés moderno ha venido á ser una cátedra de inmoralidad, de infamia y de horrores, es decir, de asesinato, de suicidio y de prostitución. «Observad los teatros, exclama Carlos Dupin en un discurso público, teniendo escuela de corrupción y de maldad... pisoteando las virtudes más santas, con la intención patente de hacer apreciar, halagar y admirar el duelo, el suicidio, el homicidio y el parricidio, el envenenamiento, el estupro, el adulterio y el incesto; preconizando estos crímenes como la fatalidad gloriosa de espíritus superiores, como un progreso de las almas grandes que se elevan sobre la virtud de los idiotas, de la religión de los simples, y de la humanidad del pueblo común. Esta literatura ponzoñosa nos conduce por la corrupción á la barbarie.»

La lectura de los libros que ensalzan el suicidio es igualmente peligrosa. Madama de Staël asegura que la lectura de Werter, de Goëtte, ha producido en Alemania muchos suicidios. El suicidio, dice Esquirol, es mucho más frecuente en Inglaterra desde que han hecho su apología los Doune, los Blount, los Gildon, etc. Lo mismo sucede en Francia desde que se ha escrito en favor del asesinato de sí mismo, y que unos lo han representado en los libros y en el teatro como un acto indiferente, ó como un acto de valor y honorífico, y que otros han sostenido que no es sino una simple enfermedad. No pensaba así el primer Cónsul en 1800. Hé aquí una orden del día de Saint-Cloud (1800).

«El granadero Gaboin se ha suicidado por amor; era un excelente sujeto. Este es el segundo caso de este género que ocurre en el cuerpo hace seis meses.»

«El primer Cónsul manda que sea puesto en la orden de la guardia:

«Que un soldado debe saber vencer la melancolía de las pasiones, lo mismo que al enemigo en el campo de batalla; que el que

«se mata es un desertor del puesto que abandona, un cobarde que huye antes de haberse batido.» Si por su educación no ha aprendido el hombre á respetar los preceptos religiosos, á llenar los deberes de la sociedad, á soportar las vicisitudes de la vida; si se le ha enseñado á despreciar la muerte, á desdeñar la vida, es positivo que el hombre se hallará mejor dispuesto á terminar voluntariamente su existencia así que experimente alguna pena ó algún revés. Un estudiante educado en principios religiosos, cae en profunda melancolía, habla de morir, pregunta varias veces á un compañero si hay un alma. Este le responde negativamente; en fin, después de una lucha penosa entre los principios de la infancia y los errores de la juventud, acaba por matarse.

«Un niño de trece años se ahorca, y deja un escrito que contiene estas palabras: *¡Lego mi alma á Rousseau, y mi cuerpo á la tierra!*»

«El suicidio de Ricardo Smith y de su mujer, el de Felipe Mordan, que se mató sin más razón que la de que cuando no se está contento en su casa es preciso dejarla, fueron la señal que, con una desenfadada libertad de pensar y de obrar, hizo el suicidio tan frecuente en Inglaterra, que los mismos historiadores ingleses convienen en que la Inglaterra es el suelo natal del suicidio.»

Contarémos, según Esquirol, la historia del suicidio de Ricardo Smith en 1726. «Ricardo Smith dió al mundo un espectáculo extraño; había sido rico, y estaba pobre y enfermo; tenía una mujer con quien no podía partir más que la miseria, y un niño en la cuna. Ricardo y su mujer, después de haberse de común acuerdo abrazado, y después de haber dado el último beso á su niño, y después de haberle muerto, se colgaron á las columnas de su cama: se encontró una carta escrita de su mano, que contenía estas palabras: *Creemos que Dios nos perdonará... hemos dejado la vida porque éramos desgraciados, y estábamos sin recuso alguno: hemos hecho á nuestro hijo único el servicio de matarle, temiendo que fuese tan infeliz como nosotros.* Es de observar que estos malvados, después de haber muerto á su hijo, escribieron á un amigo recomendándole el perro y el gato¹:» esto está en el ca-

¹ Diccionario de ciencias médicas, tomo LIII, pág. 247 y 248.

rácter de los ingleses. Hé aquí un suicidio reflexionado; premeditado, efecto evidentemente de la extrema miseria. Si este matrimonio hubiese tenido fe y religion, á buen seguro que habria tomado en ellas la resignacion cristiana, y la fuerza de soportar el peso de la adversidad y de la vida.

Otra causa predisponente para el suicidio son los anuncios y las historias detalladas de todos los homicidios y suicidios con que los diarios llenan tan á menudo y tan inútilmente sus columnas. La lectura frecuente de estos detalles horrosos familiariza con la idea del crimen y de la muerte trágica, novelesca y singular; inspira el gusto de los acontecimientos dramáticos, y hace desear todo lo que es fantástico y fuera de la regla: estos ejemplos frecuentes pueden ser contagiosos, al paso que la moral pública nada puede ganar con ellos.

No puedo dejar de citar aquí textualmente un trozo de una profunda exactitud del artículo *suicidio*, por Esquirol. «Los amigos de la humanidad pueden desear que descansa la educacion sobre principios mas sólidos de religion y de moral; deben reclamar contra la publicacion de escritos que inspiran el desprecio de la vida, y ensalzan las ventajas de la muerte voluntaria; deben señalar al Gobierno los daños que resultan de publicar las enfermedades á que el hombre está expuesto. ¿No hay verdaderamente de qué lamentarse al ver la locura y sus extravíos representados en los teatros, y entregados al brutal regocijo del público? Deben pedir con instancia que se prohíba á los diarios el anunciar los suicidios, y referir las circunstancias mas minuciosas del asesinato. Estas publicaciones familiarizan con la idea de la muerte, y hacen mirar con indiferencia la muerte voluntaria. Los ejemplos que provocan la imitacion son contagiosos y funestos; y tal individuo, perseguido por los reveses ó por alguna pena, no habria atentado á su vida, si no hubiese leído en un diario la historia del suicidio de un amigo ó de un conocido. La libertad de escribir no puede prevalecer contra los verdaderos intereses de la humanidad».

El exceso de civilizacion que mantiene el lujo, y que crea á la sociedad nuevas necesidades, origen harto frecuente de la ruina de las familias, las opiniones excesivamente exaltadas, las gran-

¹ *Diccionario de ciencias médicas*, tomo LIII, pág. 280.

des perturbaciones sociales, los trastornos políticos, las revoluciones, las conmociones populares, etc., pueden tambien ser causas de suicidio.

¿De qué proviene ahora que los ricos, los grandes, los felices del siglo se maten hoy como los otros hombres? La felicidad, dice Rousseau, no tiene insignia exterior; para juzgar de ella es forzoso leer en el corazon del afortunado. ¡Cuántos grandes que cree el vulgo en el cúmulo de la felicidad, son atormentados de disgustos, y llenos de amargura, víctimas de las pasiones mas violentas! El brillo que les rodea no deja percibir las agonias secretas y crueles que sin cesar les atormentan; y esto se concibe, pues que los grandes por su fortuna, por su rango y por su dignidad, pueden estar sujetos á grandes pasiones, y por consiguiente á causas grandes de suicidio. Añádase á esto este fastidio inexorable de la vida que les persigue algunas veces de una manera tan implacable y tan continua, que concluye muchas veces por conducirles al suicidio.

¿Quiénes son los que se dan la muerte? ¿Es el miserable que anda por las calles implorando la caridad pública para no morir? No, sino este hombre opulento que acaba de negarle las migajas de su mesa. ¿Es el cristiano echado sobre un mal jergon presa de los tormentos de la enfermedad? No, sino este voluptuoso al salir de una borrachera. ¿Es acaso este otro entregado enteramente al dolor, que riega con sus sudores el pedazo de tierra que alimenta á sus hijos? No, sino este rico perezoso á quien he visto hacer algunos años dejar bostezando una reunion brillante: se fastidiaba, y se ahorcó para distraerse. No nos hagamos ilusion; el rico y el poderoso incrédulo no son felices, y aun cuando á fuerza de buscarle me presentáseis uno que lo fuese en apariencia, os diria: esperemos. Hé aquí que viene la muerte con las convulsiones de la rabia, con los terrores del porvenir, con los gritos de la desesperacion. La muerte del cristiano es la tarde de un hermoso dia, la muerte del impío es un rayo en una noche de tormenta. (*Monitor de las ciudades y de los campos*, 1856).

Hasta la supresion de las Órdenes monásticas ha contribuido, en nuestra opinion, á hacer el suicidio mas frecuente. Entiempo únicamente las Órdenes austeras, fuerte y severamente constituidas,

resistiendo ordinariamente al tiempo, que á la larga gasta y destruye todas las instituciones humanas.

¡Cuántas almas hay en el mundo que fatigadas y agotadas de vida volverian á encontrar; recogerian en el silencio de las pasiones la existencia que se les escapa, y la animarian y fortalecerian con la clara vista de la verdad, y con la práctica de la virtud! La vida contemplativa y activa á un mismo tiempo reanima los espíritus rectos y hambrientos de verdad; los nutre y los eleva á la altura de su naturaleza con verdades de un orden superior, que reemplazan la mentira y las ilusiones del mundo.

Otras almas, bajo los redoblados golpes de la adversidad, ó despedazadas con choques imprevistos y violentos, agriadas por la indiferencia y la ingratitud de los hombres, vendrian á reposar en las sombras de un claustro de las penas y de las fatigas de la vida, y respirarian allí un aire puro que dilata el corazon; hallarian finalmente dulces simpatías en hombres que no han visto nunca; y bien pronto el encanto poderoso de la Religion les inspiraria sentimientos de consuelo, de paz y de felicidad de que jamás gustaron, y que el mundo no conoce ni puede dar á sus partidarios.

En estos asilos santos, en estos hospicios de las almas enfermas, se encuentran otros remedios que la desesperacion, otra vista que la de la nada, otra perspectiva que la del suicidio y del sepulcro.

Las faltas y los vicios, por una maravillosa alquimia espiritual, si se la puede llamar así, son allí transformados en el oro puro de la caridad divina; y la inocencia se ha allí refugiado como en un puerto tranquilo, para ponerse á cubierto de las tormentas y de los escollos del mundo corrompido.

Nuestros filántropos pueden compadecer las víctimas del celibato ó de la continencia monástica; pero mucho mas tienen de que gemir por el celibato del libertinaje, tan comun en nuestros días, y que acaba muchas veces por el suicidio.

Y sino que se vea en este siglo corrompido cuántas personas de un sexo débil, seducidas, deshonradas, abandonadas, y entregadas á los horrores de la miseria, apagan voluntariamente la llama de la vida en un vapor mortal, ó ahogan sus penas con

la vida en las olas del vecino rio ¹. Por lo que hace al celibatarío filósofo, si acaso su materialismo y su moral voluptuosa le disgustan de una vida gastada é insípida, desdeñará indudablemente este género de muerte tan oscuro, tan vulgar y propio solo de mujeres, y se quemará los sesos noblemente.

No he pretendido hacer aquí la apología de las Órdenes monásticas, porque habria mucho que decir sobre este punto. Seria para ello necesario recordar los grandes é importantes servicios que han hecho á la sociedad: que á ellas se les debe la conservacion de las ciencias y de las letras, y en mucha parte los beneficios de la primera de las artes, la agricultura ². Los curas y los frailes, contra quienes se afecta por lo general un desprecio tan injusto como estúpido, han sido los que han salvado á la sociedad francesa de la ignorancia y de la barbarie; mas, lo repito, no es de mi objeto el considerar la vida cenobítica en sus relaciones varias de utilidad con la sociedad entera. No he querido señalar sino una cosa que escapa generalmente á la observacion de nuestros modernos pensadores, á saber, que las casas religiosas recogen con cuidado, y admiten en su seno las almas enfermas, los corazones lastimados, á los que la sociedad, impotente para curarles, abandona sin consuelo ni esperanza, abriéndoles así la puerta del suicidio. Se sabe que Napoleon mismo habia reconocido necesaria la existencia de cierto número de conventos para que sirvieran de asilo para las *grandes desgracias* de los hombres colocados en situaciones extraordinarias, y de *refugio para las imaginaciones exaltadas*; que son peligrosas en el mundo, y á las que no sirve el mundo sino de carga y de disgusto. Aun cuando no existiese otra ventaja que la

¹ El suicidio es menos frecuente en las mujeres que en los hombres, porque aquellas por lo general son mas retenidas por los principios religiosos. «Dudo, dice Gall, que se pueda atribuir la causa á la debilidad de su constitucion, á la dulzura de su carácter, á su timidez; porque la debilidad de su constitucion antes las expondria mas pronto á sucumbir que á resistir: en cuanto á su dulzura y timidez, es fácil que estemos de acuerdo.» (Tomo IV, pág. 344).

² Hé aquí las palabras de Mirabeau: «La mayor parte de los establecimientos monásticos hoy tan ricos (1790) no eran antes sino desiertos; así que debemos á los primeros cenobitas la cultura de mas de la mitad de nuestras tierras.»

de prevenir algunos suicidios, sería esta inmensa y digna de la atención de los moralistas, así como de la solicitud de los Gobiernos.

Tal vez se dirá que esto era bueno en su tiempo, mas no en la altura de nuestro siglo, de nuestras costumbres actuales y de nuestra civilización. ¿No podría mas bien decirse que este exceso de civilización es por sí mismo una de las causas de desmoralización, de calamidad y de suicidio, y hasta señal de la decadencia, ó de la próxima ruina de los Estados?

Una gran civilización sin religion ni fe, sin costumbres y sin educación religiosa no es sino una plaga para los pueblos y para los mismos Gobiernos. Observadlo bien, y podréis seguir los progresos de la civilización por la huella ensangrentada de los suicidios, empezando por Inglaterra y Francia, que son las naciones mas adelantadas en la civilización, en las artes y en las ciencias, así como tambien lo son, gracias á la filosofía del siglo XVIII, en la ciencia del suicidio¹. En 1834 un diario que no puede sos-

¹ Esto no es decir que los salvajes no conozcan el suicidio. Las poblaciones de las islas Gambier, en la Oceania oriental, segun cuentan los celosos misioneros que las acaban de convertir al Cristianismo, poseian el secreto horrible de destruirse. Estos pueblos, idólatras antes y antropófagos, han venido á ser hace algunos años buenos y celosos católicos, afables, humanos, hospitalarios, laboriosos y agricultores: ya no andan desnudos, sino cubiertos y vestidos con decencia; ya no se comen á los hombres, sino que los tratan como á amigos en espíritu de caridad cristiana; no conocen el suicidio sino de nombre, lo mismo que los otros crímenes, y estos nombres dentro de pocos años serán enteramente desconocidos en estas Islas afortunadas. Este archipiélago encantado recordará en nuestro siglo la república famosa del Paraguay.

El suicidio se conoce, pues, en todos los pueblos, sean civilizados ó salvajes, desde la antropófaga Oceania hasta la opulenta y culta París. Los únicos países donde no penetrará esta plaga social serán aquellos en que el Catolicismo obtendrá un completo y perfecto desarrollo, como la experiencia lo ha probado en el Paraguay, y como lo probará en Gambier.

¿Qué diferencia tan prodigiosa no se observa entre las costumbres de los insulares católicos del pequeño archipiélago de Gambier y las de los otaitianos sus vecinos! Otaiti es el centro de la polinesia de la Oceania austral. Los ministros protestantes, los metodistas ingleses se han constituido únicos apóstoles en esta Isla; por eso es increíble su intolerancia contra los misioneros franceses. No se contentan con calumniar la religion católica y sus ministros, sino que llegan á vias de hecho. Hace poco que han hecho prender dos misio-

pecharse de parcial para el Catolicismo ha hecho respecto del suicidio reflexiones muy justas. Así dice: «Ha declarado la *Gaceta médica* estos dias epidémico, si no contagioso, al suicidio, «prescribiendo contra su invasión una higiene preventiva, cuya «eficacia sospecho. ¡Ah, señores doctores, mucho me temo que «andeis tan ciegos en este cólera como en el de 1832! No lo lo- «graréis curar. Por otra parte no es ya de hoy que la humani- «dad es víctima de este mal; pero antes, y en tiempo que aun se «conservaban las creencias y la Religion, habia tambien reme-

neros franceses con órden de embarcarlos en un navío inglés. ¿Será permitido el violar tan indignamente el derecho de gentes y todas las reglas de justicia con personas inofensivas y ciudadanos franceses¹? Hé aquí hasta dónde llega en esta Isla desgraciada el imperio despótico de los ministros protestantes.

Este pequeño rasgo de la moderación y tolerancia inglesa no es muy á propósito para ganar la confianza de los isleños. Ya antes de este lance se habian quejado de los metodistas á los misioneros en estos términos: «No son buenos, ni nos quieren, y os aborrecen; hacen el comercio, y les gusta mucho el aceite y el dinero. Son muy ricos; tienen los montes cubiertos con sus vacas; todo nos lo venden, hasta la palabra de Dios, los libros, las oraciones y «los Sacramentos.» Segun esto, se ve que estos isleños están bien penetrados de que los ministros ingleses, sus mujeres, y sus hijos no van allá sino por puro interés, para enriquecerse, y para establecer su propio reino en lugar del de Jesucristo; y nosotros añadimos, para hacer pasar al dominio inglés aquella Isla. Así juzga y aprecia el buen sentido de aquellos salvajes las misiones de los ingleses.

Por el contrario, los otaitianos se habian singularmente penetrado del espíritu de caridad y de desinterés de los misioneros franceses, y han sentido mucho el lance de su prision: por otra parte, aun en medio de su corrupción están muy dispuestos á recibir la verdad.

Es mas que probable que los ministros protestantes con todas sus biblias no extirparán el suicidio ni los otros crímenes de esta Isla, lo mismo que en una de las principales del archipiélago Peligroso, cuyos habitantes, gracias á la sociedad bíblica, probablemente ya no se comen á los hombres; esto ya es un progreso: hoy se contentan con sacrificar pura y simplemente á los salvajes de las islas pequeñas, y con robar todo lo que en ellas encuentran. Esta es una pequeña muestra de la conducta de los apóstoles ingleses en las islas de la Oceania.

¿De qué ó en qué parte se encuentra ahora la verdad? ¿Dónde están los misioneros verdaderos? Juzgadlo por los frutos; aplicad esta regla infalible del divino Fundador del Cristianismo: *Ex fructibus cognoscetis eos*, y veréis que

¹ Una fragata francesa ha pedido y obtenido satisfaccion. (Nota de la 2.^a edición).

«dios contra él. Dios era el único médico. Cuando se sentía el «ataque, se iba á rogar á Dios en la iglesia, Dios os indicaba el «remedio, y os enviaba á los hospitales, donde se cuidaba á los «enfermos cansados de vivir, y estos hospitales eran los claustros.

«Véase si allí en donde subsisten todavía estos hospitales se «matan tanto, y si hay tantos suicidios. En Madrid hubo uno el «año pasado; los partidarios de Voltaire gritaron así que lo su- «pieron, que la España empezaba á civilizarse, mas los cristia- «nos viejos se asustaron, presintiendo tristemente la próxima «ruina de su culto y de sus altares.

«¿Qué queréis? Es la suerte del siglo, ya no se cree en nada, «ni en Dios, ni en la soberanía. Hay quienes indagan cómo aca- «bará el mundo. Estando apagada la fe, tal vez será por un dis- «gusto general é invencible, por un suicidio universal.» No se ignora lo que ha ocurrido en España desde 1834.

mientras los unos trabajan para el cielo los otros lo hacen para la tierra; que los primeros ganan las almas, y los segundos el dinero.

Cuanto hemos dicho es por lo que toca á la intolerancia de los ingleses, digamos ahora algo de su tolerancia; es menester ser imparcial: ninguna nacion es mas tolerante que los ingleses en materia religiosa. Excepto el culto católico, todos los toleran, es decir, todos los errores, hasta la idolatría, si su interés lo exige. Y efectivamente hemos visto en nuestros dias «que la Inglaterra «ha prescrito con el mas minucioso detalle á sus agentes en el Canadá medidas «odiosas de persecucion contra la religion católica, al mismo tiempo que daba «garantías para la idolatría, y por un tratado muy solemne, á los habitantes «de la isla de Ceilan; hemos visto asistir á sus embajadores á las ceremonias «religiosas de estos pueblos, y ofrecer dones sacrilegos á sus divinidades.» (Lamennais, *Indiferencia en materia de religion*, tomo II, p. 72¹).

Una nacion que tal escándalo da al mundo cristiano, y á la cual una política tan baja y vergonzosa no arranca un grito universal de indignacion y de horror, es una nacion que se degrada, que se cubre de oprobio, y que no debe ya mirarse como un pueblo cristiano. (Véase el núm. 36 de los *Anales de la Propagacion de la Fe*).

¹ En un mismo navio se han visto partir de Londres ídolos para los indios y misioneros protestantes para predicar el Evangelio en América.

MEDIOS Á PROPÓSITO PARA CONTENER LOS PROGRESOS DEL SUICIDIO.

Si es tan fácil de descubrir y señalar las causas verdaderas del suicidio y de todos los demás crímenes que trastornan y desolan la sociedad, no lo es menos el entrever á la primera ojeada su remedio único y eficaz; pero desgraciadamente en el estado actual de depravacion moral é intelectual, y sobre todo de indiferencia religiosa de la mayor parte de los pueblos, la aplicacion de este remedio necesario se ha hecho muy difícil y casi imposible, ¡tan grande, tan enorme y tan desesperada es hoy esta fea plaga social! *Plaga desperata!*

Mas el guardar un silencio culpable, y abstenerse con una indiferencia fria de llenar un deber sagrado hácia la sociedad enferma y desfallecida seria criminal. Yo sé bien que en este siglo de Materialismo y de Indiferentismo no serán oidas mis palabras por la mayoría; mas ¿qué importa si digo la verdad? Esto jamás perjudica al hombre.

Siendo la ausencia de las creencias religiosas, la ignorancia de la Religion, y sobre todo la falta de sus prácticas, como lo hemos dicho mas arriba, las causas primeras y productivas del suicidio, se sigue que las condiciones opuestas son el remedio verdadero de este mal moral. Así la fe religiosa, la instruccion religiosa, y las prácticas religiosas, es decir, una buena educacion cristiana, son el remedio radical y específico sin el cual todos los demás serán casi vanos é impotentes.

Desafio á todos los filósofos, los moralistas, los legisladores, los jurisperitos, los publicistas, los políticos; á los que gobiernan y administran; á los médicos, á los filántropos, á los economistas, que suplan los principios religiosos y la moral evangélica con otra cualquiera institucion que imaginarse pueda. No hay duda que los reveses de fortuna y la miseria son hoy las causas ocasionales de un gran número de suicidios. Pues bien, tratad de evitarlos, oponed á este mal social un remedio puramente humano; levantad manufacturas, cread establecimientos industriales, haced floreciente el comercio, fomentad las artes, derramad, en una palabra, la abundancia y el bienestar material en el seno